

Dos plagas de nuestras familias

HUGO ESTRADA

Una película española tiene un título muy llamativo: «¿Y la familia? - Bien, gracias». El título de este film es muy desafiante, pone el dedo sobre una llaga de la sociedad: la familia convulsionada. Una de nuestras preguntas más repetidas es: «¿Y la familia?». Automáticamente respondemos: «Bien, gracias». Esta respuesta intenta esconder algo que nos duele confesar: nuestra familia no anda nada bien; es un desastre. Una gran mayoría de familias está siendo vapuleada por los vendavales del materialismo y por una sociedad consumista que está convirtiendo en máquinas a los seres humanos. Si hay algo que falta en muchas familias es, precisamente, un poco de armonía, de paz, de serenidad, de bendición. Algunas familias, sin ningún temor, podrían ser catalogadas como «sucursales del infierno».

¿Y qué sucede con nuestras familias para que exista tanta infelicidad bajo sus techos? Son muchos los factores negativos que están incidiendo en el desmoronamiento de nuestros hogares. De manera especial, quisiéramos hacer resaltar dos plagas maléficas, que están destruyendo uno de los tesoros más bellos: la familia.

El egoísmo

Egoísta es el que quiere que lo tengan en el centro de todas las atenciones; quiere que lo miren, que lo amen, que lo escuchen, que lo sirvan. El egoísta no tiene ojos ni oídos para ver los problemas de los demás, para escuchar las penas de los otros; el egoísta nunca hace un favor, a no ser que espere algo como intercambio. El egoísta está centra-



Tengan un mismo pensar y un mismo sentir, con ternura, con amor fraternal

do en su yo. Se considera el centro de su hogar, de su universo.

En el sacramento del matrimonio, hay una ceremonia muy significativa: la entrega de anillos, que indica la mutua entrega, espiritual y física, de los novios. En muchos matrimonios ha habido una entrega física, pero todavía no ha habido entrega de corazones. Se han reservado muchos secretos. Tienen áreas ocultas de su vida que no han sido abiertas al cónyuge. En estos matrimonios, cada uno está buscando su propio interés; su realización personal. No piensa en favorecer al otro, sino en sacar partido del otro. Ser servido, ser amado, ser acompañado, compadecido, escuchado.

Cuando esto sucede, el hogar se convierte en un «ring», en donde hay dos boxeadores que están tra-

tando de imponer su criterio, su capricho, su antojo. Si dos piedras chocan, saltan chispas. Hay violencia. Para terminar con el fuego del enfrentamiento, uno de los dos cónyuges, por lo menos, tendría que convertirse en almohada. Allí caería la piedra y no causaría mayores problemas. Pero, ¿quién quiere ser almohada, ser humilde? Mientras marido y mujer, como dos piedras de egoísmo, estén chocando cotidianamente por imponer su manera de pensar, habrá incendio de ira, de rencor, de odio. Es lo que se aprecia en muchos hogares. Se han herido a fondo; el rencor se ha apoderado de los corazones de los cónyuges. Es difícil, entonces, hablar de serenidad, de diálogo, de paz familiar.

Muy apropiado, por eso, el consejo de San Pedro para los casados: **«Tengan un mismo pensar y un**

«Tengan un mismo pensar y un mismo sentir, con ternura, con amor fraternal. Sean bondadosos y humildes. No devuelvan mal por mal, ni insulto por insulto.»

mismo sentir, con ternura, con amor fraternal. Sean bondadosos y humildes. No devuelvan mal por mal, ni insulto por insulto. Al contrario, devuelvan bendición, pues Dios los ha llamado a recibir bendición» (1P 3,8-9). Este programa, que traza Pedro para los casados, es el consejo más sabio para destruir el egoísmo, para buscar un amor evangélico que, como lo capto muy bien San Francisco, consiste no en buscar ser amado, sino en amar; no en anhelar ser comprendido, sino en comprender. San Pablo muy bellamente llegó a decir que el verdadero amor «todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1Co 13, 7).

Cuando los herreros quieren doblar el hierro, lo someten a alta temperatura; cuando está incandescente, entonces ya pueden doblarlo sin que se quiebre. Nosotros debemos someternos al fuego del Espíritu Santo para ser purificados de nuestro egoísmo, que envenena la vida familiar y hace irrespirable el ambiente de tantos hogares. Mientras el grano de trigo no haya sido despedazado dentro de la tierra, no habrá fruto. Mientras esposo y esposa, tercamente, insistan en su necio egoísmo, el hogar seguirá siendo un ring, y no un lugar de paz y refugio.

La infidelidad

El informe Kinsey hizo notar que la mitad de los hombres encuestados admitía que había sido infieles, alguna vez, en su matrimonio. También muchas mujeres aceptaron que habían sido infieles.

Han transcurrido muchos años desde que se realizó el informe Kinsey. Ahora, los porcentajes han aumentado terriblemente. Ahora, ya no son sólo algunas mujeres, las que aceptan la infidelidad: son muchas. Este dato es un reflejo de la sociedad erotizada en la que vivimos, en la que se da un valor absoluto al sexo. Los eslóganes de nuestros

anuncios comerciales, los criterios, que invaden nuestros ambientes familiares, la pornografía, que es el pan de cada día, están empujando a muchos matrimonios a la infidelidad. Casi se diría que es un mal necesario.

Nuestro pueblo sencillo repite que «el diablo hace la olla, pero no sabe hacer la tapadera». Muy cierto. Se cree que todo está escondido, que nadie sabe nada. De pronto, todo se llega a saber. Vienen, entonces, esos traumas tremendos en la esposa, en los hijos. Esos silencios pesados, esas desconfianzas entre esposo y esposa. Los hijos ven que su papá, su «ídolo», se viene abajo del pedestal en que lo tenían. ¿Con qué autoridad viene ahora a exigirles moralidad, honradez, el padre adúltero?

Cuando Dios unió a los primeros seres humanos les ordenó ser «una sola carne». El Señor no prometió bendecir amoríos, ni «sucursales» fuera del hogar. Claramente, el Señor les advirtió a la primera pareja que si comían del «fruto prohibido», tendrían muerte. No se refería sólo a la muerte física, sino también a la muerte del gozo, de la armonía.

La Biblia señala que podemos tener bendición o maldición (Cfr. Dt 11, 26). Cuando vamos por la senda del pecado, la bendición de Dios no está con nosotros. Todo lo contrario: Llegamos desgracia a nuestro hogar, a nuestra vida y a la de los hijos, de la esposa, del esposo. Hay momentos en que no se sabe, a ciencia cierta, qué es lo que sucede en el hogar; hay un ambiente tenso, indeseable. Si se buceara en la conciencia de alguno del hogar, se podría detectar que hay pecado. Por eso la desgracia ha encontrado la puerta

abierta para ingresar en esa casa, en esa familia. Es posible que alguna familia esté pasando este mal momento: el adulterio se ha hecho presente con sus secuelas de desgracia. Es posible que alguna familia crea que todo está perdido. El evangelio narra el caso de Jairo, que acudió a Jesús porque su hija estaba gravemente enferma. Cuando estuvo frente a Jesús, unos amigos llegaron corriendo y le dijeron: «*Ya no molestes al Maestro: tu hija ya murió*». Aquel padre quedó frío. Jesús le dijo, «No temas; solamente ten fe» (Mc 5, 36). Aquel hombre se atrevió a creer en las palabras del Señor: Jesús le resucitó a su hija. Para el Señor no hay casos imposibles. Toda familia, que ha sido herida

por «la infidelidad», debe acudir al Señor insistentemente en la oración. Debe tener plena confianza que el Señor sigue resucitando muertos.

Deben acudir también a los

medios humanos; es bueno consultar a algún consejero matrimonial, a algún psicólogo; pero hay que cuidar que sean muy cristianos, pues, de otra suerte, pueden aconsejar algo que no está en sintonía con nuestros principios evangélicos.

No quiere decir que, porque en un hogar se haya introducido la infidelidad, ya no hay esperanzas. Son muchos los hogares que, con la ayuda de Dios y la buena voluntad de los de la familia, han sido restaurados. Han resucitado y han vuelto a vivir en plenitud.

Toda plaga puede ser eliminada cuando se tiene buena voluntad y se confía plenamente en el poder de Dios. Para el Señor no existen casos imposibles.

Nosotros debemos someternos al fuego del Espíritu Santo para ser purificados de nuestro egoísmo, que envenena la vida familiar y hace irrespirable el ambiente de tantos hogares.

